

CARTA ABIERTA A UN JOVEN LIBERTARIO

(a mi amigo Pedro Pérez y los suyos)

JOAQUÍN GARRIGUES WALKER

12 de octubre de 1978

Te lo digo sin rodeos, desde ya, para que no me vengas luego con historias de corsarios y llegue a mis oídos que no has grabado el mensaje: Este país que disfrutas y padeces es de mucho cuidado. Ándate, pues, con ojo, te lo advierto, porque no son para tomar a broma las ideas que por aquí circulan ni es fácil sobrevivir con las tuyas en un lugar donde las gentes matan a secas por causas que, allende estas fronteras, se resuelven con una comisión de encuestas. Aquí no. Aquí la sangre sigue llegando al río a borbotones con ritmo acompasado y, la que no llega, se almacena para ocasiones mayores que siempre amenazan en el cielo azul del horizonte.

Una tierra con mucha sangre decía el poeta araucano para no darte otros testimonios ni montarme en las estadísticas de los muertos per cápita. O sea que no me vengas con cuentos a mitad de tu marcha libertaria cuando alguien te enturbie las ideas a cambio de instalarte con decoro y pensión completa en los aledaños del poder establecido. En llegando tu hora, déjate de parecer joven, frunce el ceño, amarga la sonrisa y pronúnciate con trascendencia a la menor ocasión que tengas para que sepan tus prójimos que tú como el que más. Pues te digo que las gentes del lugar son adustas y severas, de bromas pocas, las que hagas mídelas en decibelios y cuantifícalas de suerte que puedas programarlas en el tiempo para que su eco se borre con largos intervalos de silencio.

Para tu conocimiento y efectos te diré que en estas tierras que transitas con talante de pasota se han cometido desmanes mil al amparo de discursos altisonantes. Se han juzgado conductas y actitudes en primera instancia con aires de condena apocalíptica y se ha matado con la intensidad y la frecuencia del anuncio multinacional: sin ton ni son. Quien quiera que se haya resistido a la

dialéctica de cualquiera de esos poderes —que eufemísticamente se llaman fácticos— ha sido siempre condenado sin juicio previo y, en algunos casos, ejecutado en las tertulias del alba sin otra defensa de oficio que la que ejerce por caridad el fiscal de turno.

Tus compatriotas son muy capaces de perdonarte cualquier error por grave que sea, salvo dos que debes apuntalar en la recámara de tus ideas: no hagas risas con los gestos espectaculares y vacíos de los santones de la vida pública en cualquier oficio, cargo o profesión y no te cuestiones los valores eternos e inmutables de la patria tal como los define el «ayatola» de turno. Cuando las cosas se compliquen ponle cara grave a los asuntos más intrascendentes de la vida y agárrate a los lugares comunes con las pocas fuerzas que te queden para no distinguirse de la turbamulta. Con estos consejos podrás, por lo demás, hacer lo que quieras en la clandestinidad, si es que algo queda para que tu individualidad no se ahogue en el anonimato.

No te dejes engañar por las apariencias. El enemigo, el tuyo, acecha por doquier, a derecha e izquierda. Cada quien con su eslogan te quiere imponer una forma de vivir, de pensar, de soñar. Permíteme, pues, algunas admoniciones y advertencias con el innecesario ruego de que no las hagas mucho caso porque si eres joven, todavía, no debes guiarte por otra divisa que la de tu rebelión permanente contra todo el orden establecido a golpe de leyes y decretos. Helas aquí.

No te pases los días mirando expectante a los poderes públicos para que te resuelvan los problemas. Hazte la vida por ti mismo y, si te es posible, vive al margen del Estado, de sus funcionarios y de todo el boato y esplendor que les acompaña. En este país todo es política porque hemos convertido al Estado en un becerro de oro al que adoramos con fervor. Si tú y tus amigos os podéis liberar de ese culto profano iniciaréis un camino hacia no se sabe dónde pues ya sabes que las libertades con minúscula, las libertades para vivir, abren los caminos pero no cierran los destinos. Y debes saber también que esas libertades están siempre amenazadas por el Estado, de derechas o de izquierdas pues, te digan lo que te digan, los hombres y mujeres que lo rigen quieren ordenarnos, organizarnos, reducirnos. No te engañes; si algún día llegan las izquierdas al poder harán lo mismo que las derechas, en el mejor de los casos, ya

que los hombres públicos, todos sin excepciones, aspiran a que sirvamos de conejos de india para sus experimentos y proyectos.

Esta idolatría del Estado es universal, mas entre nosotros ha alcanzado las más altas cotas y ahora con la democracia nos llueve sobre mojado. Los «líderes» pretenden construirnos un nuevo modelo de sociedad para que vivamos contentos, satisfechos y programados. Defiéndete si puedes y mándalos al carajo pues el precio de las libertades es altísimo, pero su gozo impagable.

Si quieres hacer lo que te gusta intenta pasar desapercibido para que nadie te llame al orden establecido pero si un día te da un aire, vive tu juerga sabiendo que más tarde o más temprano intentarán encadenarte a una mesa de responsabilidades reales o ficticias con honores, prebendas y un bozal cortado al tamaño de tu boca.

Cuando te hagas mayor rechaza todos los dogmas de la vida pública y ponlos en tela de juicio que, por poco que tengas, te llevará a la conclusión de que ningún revolucionario importante, desde Jesucristo hacia atrás o hacia adelante, gastó su tiempo inventando corsés para la gente. Eso lo hicieron otros, los que necesitan mitos para organizarse su vida a costa de la nuestra, los que programan el aburrimiento y organizan los festivales de las canciones del orden.

Puesto a competir, empieza por hacerlo contigo mismo, que bastante trabajo tienes y no te molestes en envidiar a los otros, que contra lo que parece, van como tú tocados del ala y tienen, cuando menos, tantos problemas y miserias como los tuyos. Ríete de ti mismo si piensas que los otros son de broma. No te tomes en serio ni cuando te hagan hijo adoptivo de tu pueblo ni cuando empieces a notar que puedes llegar a ser alguien porque «alguien» son un montón y resultan de risa en cuanto se desnudan.

Haz el amor y no la guerra. Desesperadamente haz el amor y no hagas nunca la guerra porque esos machos que la empiezan suelen sobrevivirla a costa de millones de cadáveres. Por estas tierras circulan impunes muchos matones que pegan con cadenas, atacan en grupo y matan con pistolas por la espalda y luego se comportan en familia como santos varones, unos a la derecha y otros a la izquierda, en defensa de sus dogmas, de sus privilegios o de sus ideales.

Este es, sin embargo, un país importante capaz de helarte la sangre y construir maravillas, un país de gentes que se pegan al terreno y luchan como leones para resistir el calor de los fuegos y

el frío de las nieves sin darle a la cosa mayor importancia y sin perderle la cara al toro de sus mil dificultades.

Descubre, pues, a tu pueblo antes de ponerte a viajar al extranjero porque no hay muchos territorios en el mapa como el nuestro ni otras gentes que merezcan tus mejores esfuerzos.

A los más mayores, esta nueva aventura del país nos ha cogido tarde. Pero tú y tus amigos tenéis la vida y el mundo por delante para intentar cambiarla sin pagarle peaje al Estado y a todos los poderes que cobran arbitrios para que respire el porcentaje de aire contaminado que te facilitan. Intenta primero evitar que te administren la vida desde Madrid y luego, cuando te llegue el turno de la autonomía, lucha como un desesperado para que no se inventen los poderes locales otras capitales y burocracias, que ahoguen tu individualidad y la de los tuyos. Ya te digo que, al principio, lucharás contra corriente pero tú verás el alba que hemos intuido otros, modestamente.

No te molestes en cambiar el nombre de las calles salvo si a mí me dan una, que para algo hemos luchado juntos. Si la televisión te ignora, peor para ella, si el ministro de turno no te saluda, él se lo pierde, si en la lista de medallas no figuras, recuerda que hombres como Hitler las tuvieron todas.

En el caso improbable de que llegues a un puesto de honor o responsabilidad —con la guitarra, la política o la cirugía plástica— compórtate como hasta ahora y guíate por el principio hebreo de que todo lo que tienes, lo debes. Recuerda, amigo, que tarde o temprano, y con esto termino, te llegará tu zapata, y si no le puedes mirar a los ojos, la guitarra que llevas en el alma libertaria habrá dejado de cantar. Te lo digo sin rodeos para que no me vengas luego con historias macabras...